

principio católico y ortodoxo, que ha revestido, no el carácter de religion universal y humana, sino el carácter de secta egoista y estrecha. En vez de presentarse como una continuacion del Catolicismo, su desarrollo natural, su consecuencia lógica, se ha presentado como una negacion del Catolicismo, negacion radical y absoluta. Roma, que ha llevado en su seno las almas bienaventuradas como un Empíreo en la tierra; el Papa, que ha sabido educar al género humano y someter la indisciplina de los bárbaros á su moral y sábia disciplina; la Iglesia, que ha continuado el depósito de la Sinagoga, y ha escrito el dogma de Nicea; todas las instituciones religiosas anteriores al Protestantismo las ha combatido este con furor, sin acordarse de que las proseguía y las continuaba. De aquí un criterio estrecho, un espíritu exclusivo, una tradicion cerrada, cierto carácter de aislamiento con ciertas tendencias al predominio absoluto, que hacen del Protestantismo, no la religion universal y humana indispensable al espíritu moderno, sino la creencia reducida de una supersticion y aislada secta. En cuanto se ve y examina la religion luterana se cae por necesidad en la idea de que solo conviene á una raza, la cual, por muy noble, por muy ilustre, por muy civilizadora que pretenda ser, no puede aspirar á la representacion de todo el humano linaje. Así el Protestantismo está limitado á las razas escandinavas y danesas, á las razas germánicas del Norte y á las razas verdaderamente anglo-sajonas. Por mas esfuerzos que ha hecho, no ha podido en modo alguno pasar á la Baviera y al Austria; no se ha desarrollado con grandes proporciones en Francia, tan idónea para su dogma y para su culto; no ha tenido Iglesias ni en Italia ni en España; y despues de haber impuesto, allá en América, el ejemplo de sus instituciones republicanas y democráticas, no ha podido, no, imponerle, por modo alguno, las revelaciones de su dogma, de su moral y de su culto. Esta observacion prueba el carácter particular, sectario, estrecho, del Protestantismo. Hay germanos católicos; hay helenos católicos; hay búlgaros católicos; hay una gran parte del mundo eslavo católica; explicadme por qué, fuera de los cantones helvéticos, no existen grandes pueblos romanos que se adhieran al Protestantismo, ni pueblos helénicos y mucho menos pueblos eslavos. Esta diferencia entre la mayor universalidad del culto católico y la restriccion á dos razas del culto protestante, prueba cómo, á pesar del espíritu reaccionario imbuido

por los jesuitas en el Catolicismo, responde mejor al sentimiento universal religioso la idea católica y ortodoxa, que la idea luterana y protestante.

Despues de todo, ¿existe por ventura en la tierra dogma ninguno, que tenga el carácter anti-humano del dogma protestante relativo á la gracia? Yo conozco muy bien que para destruir la teocracia romana se necesitaba exaltar por todo extremo los méritos de Cristo en la obra de nuestra salvacion. Yo conozco muy bien que la Iglesia católica, en su afan de dominacion, habia dado en la salud eterna mucha parte á la voluntad humana, constriéndola con imperio á que, por medio de las obras, se manifestase; obras reducidas, no á la moral, á las devociones, al culto, á las misas, á las ofertas de exvotos, holocaustos y otras innumerables supersticiones. Yo sé muy bien que, al suprimir casi la voluntad y al negar la virtud y eficacia de las obras, sustitúase de suyo Cristo al Papa, y un culto mas espiritual á las prácticas y á las liturgias. Yo sé muy bien que contra las indulgencias, contra los responsos, contra las oblacones á las almas del Purgatorio, contra la interposicion excesiva del sacerdote católico entre la conciencia y la divinidad, no habia dogma de mayor eficacia que el exagerado y fatalista dogma de la predestinacion. Pero convenid en que tal dogma reduce la divinidad á una especie de poder despótico, y reduce la humanidad á una especie de máquina. Ese Dios, que sin consideracion á los méritos, á las virtudes, á las obras; por su arbitraria y soberana voluntad, por los impulsos de preferencias caprichosas, condena desde la Eternidad estas almas al infierno y levanta las otras al cielo, ese Dios ¡ahl es un déspota del Asia, y no el Redentor cristiano, en cuya justicia, y hasta en cuya misericordia, confia la mísera humanidad. Cosa mala ciertamente negar la idea libre; pero cosa peor negar la libre voluntad. Hay muchos hombres que no piensan; pero no hay uno solo que no quiera. La inteligencia se despierta en el hombre tarde; la voluntad nace casi con la vida. El niño quiere, por lo menos, la teta de su madre, cuando no ha brillado albor alguno de inteligencia en su alma. La voluntad humana determina la existencia, y suprimiéndola, se suprime tambien á la humanidad. Luego, si no hay voluntad, no hay responsabilidad; y si no hay responsabilidad, no hay moral ni acciones imputables. El hombre se determina, bajo tal concepto luterano, á obrar por leyes tan fatales como la ley de las afinidades químicas en

las moléculas y como la ley de la gravedad cósmica en las moles. Esa gracia y esa predestinación, tal como las entiende la Iglesia luterana y la Iglesia calvinista, son dos dogmas, repulsivos á la razón y contrarios á la humanidad.

El Protestantismo hiere también con las desoladas tristezas de sus Iglesias desnudas, el sentimiento artístico de las razas latinas, en cuyo corazón no se apaga jamás una especie de Paganismo, natural á nuestra complejión y á nuestro clima. Para comprender cuánto repugna el culto luterano á la naturaleza, no hay como ir á cualquiera de las catedrales innumerables en el centro de Europa, donde la religión protestante ha sustituido su culto frío y austero al culto espléndido y artístico de la religión católica. Profanaciones hay en el mundo como el Korán guardado bajo la rotunda helénica de Santa Sofía, que coronara la cruz de Constantino y de Justiniano; como la Iglesia gótica erigida en el centro de la gran Aljama cordobesa, y á la cual llegais, bajo antiguos arcos de herradura sobrepuestos á columnas de diversos templos; como las mismas áreas, donde se administraba justicia en Roma, consagradas á la religión del humilde y perseguido Nazareno; pero ninguna de tales profanaciones iguala en mucho á la profanación de las catedrales católicas aparejadas después de la Reforma para el Protestantismo, con su atmósfera sin evaporaciones de incienso, con sus ojivas sin vidrios de colores, con sus altares desnudos sin aras y sin sacras, con sus santuarios desiertos, sin hostias y sin cálices, con sus lámparas sin aceite y sin llama, con sus santos arrancados al seno de las capillas misteriosas, con sus losas que no guardan siquiera los huesos de las generaciones muertas, con su abandono y su tristeza, que las semejan á naves misteriosas, en otro tiempo bogando por lo inmenso y por lo infinito, rotas al oleaje de la revolución universal y encalladas en los escollos de la más triste realidad. Yo nunca he podido entrar en esas Iglesias semejantes al esqueleto de túmulos vacíos y desaparejados, sin acordarme de un alzar á Dios en la Catedral de Toledo; cuando el sacerdote, vestido de brocado, al pie de los altares, donde los buriles y pinceles han puesto trasuntos de la gloria; entre los sepulcros, sobre cuyas cinceladas tapas duermen con sus coronas á las sienas y sus espadas sobre el peto los reyes y los héroes; con los coros de ángeles, que batan á un lado y á otro sus áureas

alas, en cuyos plumajes parece reverberarse la luz increada; esmaltado por los iris descompuestos en las columnas al cernerse la claridad del día por los vidrios de colores; cuando el sacerdote, decía, levanta la hostia consagrada en los éxtasis del recogimiento, al vibrar del salterio, del órgano, del rezo, todo ello aromado por las nubes de incienso perdidas como las plegarias místicas, en el seno insondable de lo infinito y de lo eterno. Precisa reconocer que no pertenecen á esos sentimientos fugaces y transitorios, mudables con el tiempo y las circunstancias, los sentimientos artísticos de nuestras razas latinas, pues, por lo contrario, hay en ellos algo de fundamental como nuestra misma naturaleza y de constitutivo en nuestra complejión y en nuestro espíritu. Mientras la religión protestante no responda á este sentimiento, ni acierte á satisfacerlo, hay que decirlo muy claro, no pasará, no, al seno de las razas latinas, muy necesitadas de más estéticas expansiones. El arte se confunde mucho con la religión. Su fe, su intuición, sus inspiraciones, sus misterios, sus espasmos extáticos, sus arrobos parecen mucho realmente á todas las idealidades religiosas que tienen el criterio de la fe y que alzan sobre las realidades impuras del Universo material tipos ideales á cuyo seno se llega por los raudos vuelos del arte, y cuya revelación más espléndida y cierta es la mística revelación de la hermosura. No, no prosperará Dios los días de una religión opuesta en todo al sentimiento artístico de nuestra raza y en todo reñida con su complejión y con su naturaleza: comprendalo así el Protestantismo. Y observe que si tiene algún medio de ganar los corazones entre nosotros, ese medio es exclusivamente un medio artístico. Mas que por todas sus otras facultades, la religión protestante domina en la tierra por el arte singular, que ha cultivado, por su música. Y esto es tan cierto, que dentro de las mismas Iglesias luteranas; cuando más tristemente os hiela el frío de su soledad y de su abandono; si tropezais, en uno de los días de rúbrica guardados por su liturgia, con los oficios y oís aquellos salmos entonados por la muchedumbre, creéis que las catedrales, conducidas en alas de los ángeles, vuelven á llenarse de ideas místicas y á enderezar su rumbo hacia las playas eternas de lo infinito en pos de los eternos arquetipos religiosos. No hemos regateado nuestras críticas al jesuitismo. Con acritud hemosle dicho cuánto se aparta de la razón humana y cómo contraría el espíritu de nuestro

siglo. Severos hasta el estoicismo con la religion católica, en la cual naciera nuestro espíritu, hémosle dado en rostro con su divorcio del espíritu moderno. Hemos puesto con desnudez ante sus ojos las instituciones políticas animadas en el espíritu protestante y no en su espíritu. Hémosle dicho cuán grande peligro corria de verse abandonada por aquellos pueblos á quienes ha criado á sus pechos y con cuyas ideas ha compuesto una guirnalda deslumbradora de inspiraciones luminosas. Pues bien, faltaríamos á nuestra conciencia, si callásemos que la religion protestante, cada vez mas reducida en su vacía liturgia, no responde ni puede responder al sentimiento estético de nuestros pueblos y de nuestras razas; por lo que no será jamás en lo futuro la religion universal del humano linaje.

Bien puede asegurarse, además de todo esto, que la religion protestante, así en Alemania como en Inglaterra, tiene todos los caracteres de una religion puramente nacional. Aquel principio de que la religion está unida con la region dominada por los príncipes, aquel principio, esencialmente autocrático, ha dividido y fraccionado en el suelo aleman las iglesias cristianas, como se hallan divididos entre sí los gobiernos, y los organismos con estos gobiernos coexistentes, ó sean, los Estados diversos. Por una inevitable necesidad de su aparicion, el Protestantismo en los combates con el Imperio tuvo que apoyarse con energía en los príncipes. Y para unirse á los príncipes tuvo que reconocerles, no ya el patronato á los poderes laicos y civiles cedido por la Iglesia católica, sino una especie de obispado oficial, que hace á los príncipes unos eclesiásticos mas ó menos perfectos con soberanía y jurisdiccion dentro de la Iglesia. Naturalmente todo este carácter político de las sectas luteranas ha robado á la religion germánica el carácter de intimidad y de interioridad, que solo alcanzan el culto cuando se aviva en la conciencia y con la conciencia se relaciona estrechamente. Caso excepcional y raro. Alemania, retratada en Lutero, ama con verdad á su reformador, como á su madre, la hija. Lutero le ha dado, no solamente un alma nueva para la religion, sino tambien una musa espiritual para la literatura y para el arte. Lutero le ha imbuido su conciencia y ha puesto en sus labios una nueva lengua. Su odio á Roma y á los romanos, su amor á las tierras y razas germánicas, su elocuencia llena de contrastes, su idealidad mística cortada por bruscos saltos á la realidad y

brutales salidas del tono, su originalidad tan personal é individualista, sus combates con el Pontificado, sus resistencias al Imperio en las dietas donde arriesgaba la vida, sus combates eternos han hecho que Alemania se crea completamente personificada por ese hombre de gigantesca estatura intelectual, y le considere como su personificacion mas gloriosa, como su Verbo creador y la forma y la encarnacion de ese Verbo. Pero debemos decirlo de una vez; á medida que Lutero crece mas en el espíritu nacional, mengua mas en el espíritu religioso. Los grandes teólogos ortodoxos del Protestantismo sostuvieron la tesis de que la Iglesia cristiana, pura solo en sus comienzos, habia degenerado y perdidose al salir de los apóstoles, con lo cual resultaba que Lutero, y solamente Lutero, le habia devuelto con su nueva predicacion la prístina pureza. En este trabajo se descompuso y aniquiló el Catholicismo. Pero cuando ya estaba descompuesto el Catholicismo, llegaba el espíritu humano á la filosofa del último siglo. Esta filosofa tuvo en Alemania un carácter menos revolucionario y escandaloso que en Francia, por mucho mas abstrusa y científica, pero no menos contrario y hostil á las viejas y tradicionales Iglesias cristianas. El racionalismo filosófico, personificado en el trono por la personalidad inmortal de Federico II, abrió á la razon y á sus disquisiciones libres las puertas del santuario cristiano. Desde tal época, la crítica teológica nueva consumó la ruina del luteranismo, como la crítica religiosa de los tiempos de Lutero consumara la ruina del Catholicismo. Los mas audaces en sus negaciones; los disectores del Evangelio y de la Biblia; los que trastocaban toda la historia religiosa y desvanecian con su soplo mágico, cual fuegos fantasmagóricos, los antiguos dogmas, pertenecian todos, ó su mayor parte, á la Iglesia luterana, y se empeñaban á una en soterrar el viejo luteranismo. Se habla mucho de la incredulidad de Francia; y sin embargo el clero francés no ha fomentado la incredulidad y la irreligion como el clero aleman. Reimarus, el que comenzó la crítica bíblica, pertenecia en alma y cuerpo al clero, como al clero pertenecia el autor de la «Vida de Jesus», el célebre Straus. Los reyes de Prusia comprendieron que si el luteranismo espiraba en Alemania, cortábanse á una todos ellos el influjo que podian ejercer sobre la gente germánica, y cerraban todos los vastos horizontes de sus risueñas esperanzas. Por eso un rey prusiano, viendo que la idea luterana